

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *Hija, esposa y madre* (continuacion), por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*A la melancolia*, poesia, por don Narciso Campillo.—*Un paso mas...*, (conclusion), por don Jerónimo Lafuente.—*El lucero de la tarde* (continuacion), por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—*Un brazalete falso*, por H.—*Modas*, por Pamela.—LÁMINA.—Un pliego de patrones.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

XXV.

JUAN BAUTISTA Á LA CONDESA.

Épila, setiembre de 18...

No sé, señora, cómo disculpar mi atrevimiento al determinarme á cansar la atencion de V. E. Rendidamente llego á sus plantas, aunque jamás he tenido el honor de conocerla, porque soy desgraciado, y sé que todo el que padece es escuchado por V. E. con bondad.

Cómo empezar á esplicar á V. E. la causa de mi mal, repito es cosa que no sé: hijo de aldeanos, no me avergüenzo de serlo, y amo y venero á mis padres mas que ningun príncipe real puede venerar á los suyos, aunque estos sean los mas poderosos monarcas del mundo: pero, señora Condesa, hasta en el cielo hay gerarquías, y yo sé el respeto que merece su alta clase, siendo el que yo el profeso tan inmenso, que paraliza la pluma en mi trémula mano antes de dirigirme á V. E.

No importa: al corazon no se le puede mandar ni tengo ningun delito de qué acusarme: señora, con los ojos fijos en tierra, con humildad, pero con la frente levantada, como la debe llevar todo hombre honrado y valeroso, digo á V. E. que amo á su hija la señorita Mérida, y que ha sido en vano que yo luchase contra este amor sin tregua ni descanso como con un enemigo formidable.

AÑO I.—NÚM. 35.

Aquí estoy desterrado por disposicion de mi familia que considera esta pasion como una locura, y quizá no les falte razon: aquí me tienen relegado como á un niño travieso; y aunque respeto á mis padres como debo, y no saldré de aquí hasta que me lo manden, soy un hombre... y lo conozco... tanto rigor llena de amargura mi alma y me lleva á la desesperacion.

A V. E., pues, acudo, señora Condesa, como á mi ángel tutelar: haga de modo que yo salga de aquí: que yo pueda ver alguna vez á la señorita Mérida ó vivir, al menos, en los lugares que ella ha habitado y que estarán llenos de sus memorias... aquí me muero... y los que conozcan á Juan Bautista le pueden decir si él es quejumbroso...

Trazo estas líneas desde el lecho en que me tienen clavado hace seis dias la fiebre, el desaliento y la desesperacion.

Como ha nacido este amor, yo no lo sé esplicar: pero tampoco sabemos esplicarnos cómo brota la flor en la pradera sin que nadie se tome el cuidado de sembrarla: tampoco sabemos por qué brotan las estrellas en el cielo como no sea para darnos consuelo y alegría á los que vivimos acá abajo.

La primera vez que ví á la señorita Mérida me pareció que se descorria un tupido velo que tenia ante los ojos y que me ocultaba la parte mas bella de todo lo que antes veia: me pareció que la conocia hacia mucho tiempo, que la habia amado desde que nací... qué sé yo! tantas locuras que no se pueden repetir.

Despues, cuando no la veia, me sentia muy infeliz: anhelaba las horas en que pudiese ir á casa de Herrera, y puedo asegurar que lo demás del tiempo no vivia!

¡Ay! este dulce hábito de mi vida se rompió tal vez para siempre por la mano de la desgracia! ahora bien... ya que no hallo blandura en los mios, acudo á V. E., señora Condesa, que debia ser mi juez... si es el amor no ha de tener jamás esperanza, dígame con su delicado instin-

24 DE SETIEMBRE DE 1864.

to de mujer lo que deberé hacer para arrancarlo de mi corazón, que lo haré, aunque este se haga al mismo tiempo mil pedazos!

Bien sé que es mucho pedir á V. E. que fije su atención en mí: pero solo le ruego que me mire como á uno de esos pobres enfermos, que V. E. asiste y socorre, y que la llaman su ángel tutelar.

Soy de V. E. el mas humilde servidor

Q. S. P. B.

JUAN BAUTISTA VALDÉS.

XXVI.

MÉLIDA Á VALENTINA.

Castillo de Montemar, setiembre de 18...

No sé si me has amado alguna vez: pero lo cierto es que ahora haces lo que haría mi mayor enemiga.

Valentina, tú sabes lo que yo amo á mi hermana y lo que deseo su felicidad y la de mi madre: pues bien, con tus manejos, con tus coquetterías, nos vas á hacer muy desgraciadas!

¿Qué dicha esperas de esa intriga que sostienes? ¿crees acaso, pobre Valentina, que César olvidá á mi hermana, aunque vaya á buscarte á tí?

¿Crees que se casará contigo?

No! no te considero tan loca que lo llegues á imaginar siquiera! no creo que pienses en que el marqués de Montemar te elija para compañera de su opulento destino.

Ya sabes lo que tantas veces nos decia nuestra querida preceptorá, Mme. Honoria:—«Hijas mías, la vanidad inmoderada, el afán de figurar y de salirse de su clase, traen grandes disgustos, y ocasionan á veces desgracias irreparables: miremos un poco mas abajo del sitio en que nos ha colocado la suerte, y no mas alto: solo se deben levantar los ojos para mirar al cielo.»—

Sé, Valentina—y hasta ahora pocas personas lo saben mas que yo,—que César te busca y te sigue á todas partes: sé que le esperas cada tarde al lado de la fuente, y que escuchas con placer sus lisonjas, y acaso sus palabras de amor: pero ¡ay! ¡mira que una gran parte de los vecinos de la aldea lo sabrá muy pronto tambien! ¡mira que no habrá ningun jóven honrado que te quiera por esposa, si se llega á divulgar este secreto! En estos pueblos pequeños, la calumnia corre con la rapidez del rayo, y serás víctima desgraciada de los devaneos de César.

Valentina, vuelve en tí: tu deber es aceptar la posición que te ha dado el cielo: ser una aldeana, modesta y sencilla, la digna esposa de un honrado labrador, y la buena madre de sus hijos, al mismo tiempo que el consuelo y la compañía de tus ancianos padres.

¡Dios mio! ¿qué diría la señora Marta si supiera lo que sucede? ¿cuál sería la cólera de tu padre y el rubor de tu hermana?

Y luego, ¿no te acobarda el pensar en la ira de la señora Mariscala, de esa mujer majestuosa, digna, magnífica en todo? ¡Oh! ¡valor se necesita para desafiarla! ¡qué terrible debe ser su cólera, cuando su tranquilidad es tan imponente!

Reflexiónalo, Valentina no seas la causa de la eterna desdicha de mi hermana, que ningun daño te ha hecho, y que tiene derecho á ser feliz: no le arrebatas sus ilusiones, su paz, la ventura de toda su vida... César es su primer amor... ¡y tú no sabes lo que es y las profundas raíces que echa el amor primero!...

Si yo pudiese presumir que estabas enamorada del marqués, no te hablaría así; pero no, no se puede amar á un hombre á quien no se conoce... no, el sagrado lazo del amor se forma de mil pequeneces que tú no has podido aun apreciar... es la union íntima de dos almas... y para amarse dos personas, y para comprenderse, no necesitan de culpables exterioridades.

Adios, amiga mia, porque aun quiero darte este dulce nombre: ¡sí! creo que á la voz de mi amistad volverás en tí y dejarás ese indigno manejo, volviendo á ser la noble y hermosa Valentina que yo conozco y amo.

No estrañes que no vaya á verte: si lo hiciera, daría á mi hermana un disgusto: ella está celosa de tí, é ignora lo que sucede... ¡oh, si lo supiera! ¡No, amiga mia!... ¡no hagas que todos seamos desgraciados!... ¡tú eres el hada bella y generosa, que tiene entre sus manos el hilo de nuestra felicidad!

MÉLIDA.

XXVII.

VALENTINA Á MÉLIDA.

Urrea setiembre de 18...

¡Tu hermana me ha ofendido mortalmente y me vengaré!

¿Quién si no ella me ha echado del castillo de la Mariscala? ¿Por quién he sido escluida del convite? ¿Por ella!... ¡todo por ella!

Ella vivirá en el gran mundo: yo no saldré probablemente de esta mísera aldea: ¡y, sin embargo, mi venganza la seguirá á todas partes!

Soy mas bella que tu hermana, cuento menos años, y si no tengo tanto talento, tengo mas flexibilidad de carácter y mas viveza de imaginación.

¿Por qué no mide al enemigo antes de declarar la guerra? ¿qué daño le hacia que el marqués me mirase, para humillarme delante de él?

¡Pues bien! ¡tanto peor para ella! Mira si será grande mi afán de venganza, que sacrificio en sus aras hasta tu amistad, porque tú ya no podrás ser amiga mía... lo sé; lo siento... y lo lloro!...

Pero, desde este humilde cuartito de la casa de mis padres, veo á tu hermana y le grito llena de fé y de convicción:—«¡Orgullosa Clara de Campoverde!... ¡yo, la pobre y oscura aldeana, quiero ser marquesa de Montemar.... y lo seré!»—

VALENTINA.

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

A LA MELANCOLÍA.

Ven con ligero vuelo,
¡oh, dulce y virginal melancolía!
calma del corazón, hija del cielo:
ven; ya se cubre de esplendores rojos
el lejano y magnífico occidente,
ya la meditación dobla mi frente
y se asoma una lágrima á mis ojos.
¡Oh, cuántas veces en tu seno amigo
me halagaron ensueños de ternura!
¡Cuántas plácidas horas de ventura,
lejos del mundo, respiré contigo!
Tú, mi amada, mi hermana, ven ahora;
nunca hácia tí se alzó mi pensamiento
con éxtasis mayor; el desaliento
llega á templar del alma que te adora.

Como las nieblas por el aire vano,
como los rayos de la casta luna
sobre el espejo azul del Oceano,
eres hermosa y vaga: del poeta
la lira es tuya y la abrasada mente.
¡Ay! no llameis poeta al que no siente
su tierno influjo que á pensar convida:
dirán sus versos fáciles amores;
mas nunca, humanidad, de tus dolores
eco serán, y es el dolor tu vida.

Ese sol que ha temblado en el ocaso
como rey que desciende de su trono,
con su muerte despierta mi esperanza:
Dios material que sobre el orbe lanza
los mil tesoros de su ardiente lumbre,
mañana mismo brillará encendido
en la celeste cumbre.
Y yo, del soplo creador nacido,
soplo que con violencia luchar siento
por quebrantar la cárcel que me oprime,
cuando haya dado el postrimer aliento,
¿no alcanzaré otra vida mas sublime?

Ensanchate, alma mía,
y al seno de tu Dios rápida vuela;
él es el grande mar donde los ríos
de la existencia nacen y concluyen:
ante su vista, las tinieblas huyen
recogiendo sus velos mas sombríos:
y si respira, el universo mundo
se puebla de creaciones;
¿qué inteligencia contará los dones
que brotan de su hálito fecundo?

¡No, no será la mía! Solo tiene
fuerzas para admirarte,
voz para el himno y el humilde ruego,
y, ¡oh, potente Hacedor! para adorarte
místico ardor de inextinguible fuego.
Perenal armonía,
gloria siempre serena y siempre pura,
ensueños deliciosos de ventura,
inmortal alegría.

Si el astro animador de los amores
en vos difunde sus destellos claros,
dejad, dejad que aduerma mis dolores
con la dulce esperanza de gozaros.
Todo es amor en tí, cielo divino,
el amor eres tú: tú que no cuentas
horas ni siglos, porque en tí no existen
tiempo ni espacio, mutación ni muerte.
¿Cuándo mis ojos se hartarán de verte,
mis labios de decirte que te adoro,
oh, morada de paz, donde despliega
la angusta eternidad su manto de oro?

Mas no siempre, genial melancolía,
la religión te presta su misterio:
en la delgada niebla trasparente
que exhala el valle al declinar el día,
en el rumor de arrulladora fuente,
también te miro, y en los verdes campos
cuando huye estío como leve sombra.
Arido el bosque y despojado yace:
entrad en él: sus hojas son la alfombra
que gime á vuestra planta,
á veces implacable las levanta
el furioso aquilón en remolino:
ellas van á merced de su destino
entre confuso polvo y ramos secos,
ayer las ví lucir verdes y bellas,
y hoy, místicas, el rumor de sus querellas
sordos repiten los dolientes ecos.

¡Otoño melancólico y suave!
¡Estación del poeta! Yo te amo,
porque eres tierna y dulce, porque el ave
canta en tí con mas grata melodía,
y tiene el sol mas lánguido destello,
y la callada noche mas poesía.
La noche que embelesa mis sentidos,
que embelesa también mi pensamiento
con su azulado y puro firmamento

donde brillan los astros suspendidos:
con ese aroma que en los aires vaga,
con esa languidez que me cautiva,
y en el inquieto corazón aviva
el fuego abrasador que me embriaga.

Puede la suerte injusta y despiadada
amargar del poeta la existencia,
perseguirle la envidia emponzoñada
para quien es el genio eterno agravio;
y envanecido con su estéril ciencia
sin comprenderle, condenarle el sábio;
mas ¿qué importa, si logra en raudó vuelo
desligarse del átomo mezquino,
y llenando su espléndido destino
huir del mundo y remontarse al cielo?
¿Quién hará oscurecer su altiva mente
que cual águila osada se levanta,
cuando á los siglos venideros canta
con noble corazón y erguida frente?
Y ¿quien podrá, feliz melancolía,
tu bálsamo negar á sus dolores?
Llegas, y tu benéfico rocío
templa el pesar y el sufrimiento impío.

Y la mujer tu imperio
obedece gozosa; que su alma
busca la soledad, busca el misterio.
¡Cómo brilla el semblante de la hermosa
si lo baña la fiel melancolía!
Azucena parece temblorosa
que dá su adiós al moribundo día,
onda de incienso que flotando sube,
lejana estrella sobre blanca nube.
¡Oh, fértil patria mía,
la de los campos con espigas de oro,
por tus himnos famosa y su grandeza,
y el ancho Bétis de raudal sonoro!
Para tus hijos, la africana palma
cedió su gentileza,
sus galas todas el risueño mayo,
y en su mirada el sol de mediodía
puso el calor de su fecundo rayo.
Bellas son: por do quiera va estendiendo
la lira sus loores;
mas cuando cubres tú, melancolía,
su cabeza gentil con triste velo,
esclama el corazón en su alegría:
«¿Los ángeles descienden hasta el suelo?»

Ven con ligero vuelo,
¡oh, dulce y virginal melancolía!
calma del corazón, hija del cielo:
ven: ya se cubre de esplendores rojos
el lejano y magnífico occidente,
ya la meditación dobla mi frente
y se asoma una lágrima á mis ojos.

NARCISO CAMPILLO.

(Sevilla).

UN PASO MAS...

(Conclusion).

Hay quien dice que todas las acciones del hombre, sobre todo las buenas, son hijas siempre de la esperanza de un premio, si no inmediato, positivo.

Que el hombre probó ó honrado, por ejemplo, lo es porque cree que, siéndolo, ha de conseguir mas ventajas que si deja de serlo. Que hay tambien hombres de bien, como héroes por fuerza, y que no son malos porque no se les presenta ocasion de serlo.

Que el que hace un sacrificio por un amigo, lo hace porque espera que en circunstancias análogas el amigo haga dos por él.

Que el que quiere casarse, se casa por egoismo unas veces, por vanidad otras, y muchas porque las circunstancias que acompañan á su mujer le aseguran un porvenir dichoso á su juicio.

Si el hombre piensa así, ¿qué tiene de extraño que la mujer, débil por naturaleza, se case, entre otros fines, con el de que su marido satisfaga todos sus gustos, en cambio de sus encantos y de su libertad? ¿Qué ha de hacer sino buscar un marido que tenga dinero?

No hay razon, por consiguiente, para culpar á Luisa.

Desde su abuela, que cuenta setenta eneros, y que se casó *por miradas*, hasta su sobrinito de ocho años, que echa cigarros y ternos, todos dicen que lo que hay que ser es rico, que lo demas es música celestial.

Y tanto la abuela, como su nieto, dicen una verdad como un templo.

Otra de las circunstancias que contribuyeron á que Blas concluyera de formar opinion respecto á Luisa, fué que en casa de esta, quien hacia todas las faenas domésticas, quien la peinaba y le cosía los vestidos, quien hacia las calcetas, quien limpiaba y arreglaba la casa, etc., no era Luisa, ni la criada, porque estaba suprimida como artículo de lujo, sino la mamá de Luisa, la buena doña Jesusa: esta era, á pesar de sus cincuenta y cuatro años, la que llevaba el peso de la familia.

Espero que irán ustedes convenciéndose, como yo lo estoy, de que Blas es un loco que debiera haber nacido dos siglos atras.

¡Vean ustedes si era regular que Luisa, tan bonita, de cutis tan delicado y tan fino, tomara la aguja para repasar la ropa, la escoba para barrer, ó los zorros para sacudir el polvo! ¿Qué dirían sus amigos, su mismo novio, cuando estrecharan una mano áspera y casi encallecida

en lugar de aquella manecita tan suave como la seda, y tan blanca como la nieve?

Blas es demasiado cruel; pero, ¡ay!.. la opinion de Blas será la que decidirá el ánimo de Pepe.

III.

Después de creer Blas que tenía el asunto suficientemente estudiado, se puso á reflexionar y halló estos, á su juicio, inconvenientes:

«Luisa es hermosa y lo sabe. Este pesa algo.

»Ha tenido amores con su primo; esto significaría poco, si el primo no siguiese siendo rico y siendo primo. Este ya pesa algo mas.

»Ama por mitad á Pepe y á su dinero. Si ahora sucede esto, después que se case ¿qué sucederá? A los dos años es probado que los esposos mas enamorados se quieren el veinte por ciento de lo que se quisieron al casarse. Hé aquí un inconveniente que pesa mucho.

»Luisa no hace nada, ya sea porque no sabe, ya porque no quiere, ya por ambas razones. Verdad es que Pepe no es pobre, pero tampoco es un Crespo: verdad es tambien que Pepe sabe aquello de *nadie tienda mas la pierna de cuanto fuere larga la sábana*; pero es muy espuesto á quedarse uno con la pierna al aire, cuando con una misma sábana se cubren dos. Basta dar una vuelta. El peso de este, siquiera no sea grande, aumenta, sin embargo, el de los demas inconvenientes.

»De aqui se deducen otros menos importantes que presentaré á Pepe á medida que me hagan falta.»

Blas, pues, puso en un platillo la mitad del amor de Luisa, única ventaja aceptable, y cargó el otro de todos los inconvenientes enumerados y quizá de algunos mas.

Presentó la balanza á Pepe, colocó los platillos en su lugar, luego los dejó libres, y el segundo se vino abajo rápidamente.

Pepe no se casó con Luisa.

¿Créen ustedes que Pepe encontrará, por mucho que viva, mujer á gusto de Blas?

Para muchos es imposible.

Algunos lo dudarán.

Blas cree que si.

JERÓNIMO LAFUENTE.

EL LUCERO DE LA TARDE.

(Continuacion).

—Tienes razon, murmuró D. Alonso enterrecido; marchemos, pero antes vamos á buscar á Pablo.

Y dando el brazo á Luisa que se habia cu-

bierto con un velo y que apenas podia tenerse de pié, bajaron la escalera y seguidos de Marta emprendieron rápidamente su camino.

La tarde empezaba á caer, y un viento frio agitaba las copas de los árboles y arremolinaba las nubes.

Las ruinas de una capilla, dedicada á la Virgen, se hallaban situadas en la cumbre de una montaña, cuyos altos picos se destacaban pardos y sombríos del blanquecino color del cielo.

Algunas estrechas sendas sembradas de inculta maleza, y dominando un declive muy rápido y de una profundidad espantosa, guiaban hasta ella, formando un difícil y peligroso camino.

Alli era donde Adrian habia conducido á la tierna Clara; alli donde él habia creído encontrar un refugio contra el castigo merecido, y alli, en fin, donde se hallaba en aquel momento, aguardando la decision de su suerte.

Mendoza estaba inquieto, pues aunque comprendia todo el valor de las medidas que habia empleado para conseguir su salvacion, sabia tambien el rígido é inflexible carácter del señor de Padilla cuando se trataba del cumplimiento de su deber. Varias veces habia subido ya á lo mas alto del sitio en que se hallaba, para dirigir la vista al terreno que se estendia á sus pies, buscando entre las arboledas ó en el camino alguna señal que le diese á conocer la decision de D. Alonso.

La infeliz niña, pálida y enflaquecida, medio muerta de terror y de frio, dormitaba, presa de una horrible calentura, en un rincon de la pequeña capilla.

La fisonomía infantil y pura de Clara estaba terriblemente mudada: sus mejillas estaban hundidas, sus cabellos desordenados y sus ojos tan bellos y tan dulces, enrojecidos de tanto llorar. Hacia algunos instantes que, rendida y fatigada de aquel continuo afán, se habia dormido, apoyando su cabecita sobre las duras losas del pavimento.

Una de sus manos trémulas y débiles, perdida entre los pliegues de su ajado trage, aun conservaba un pedazo de pan apretado entre sus ateridos dedos.

Aquel pobre alimento era el único que en tanto tiempo habia comido la infeliz niña, cercada hasta entonces de los mas tiernos cuidados.

Mendoza, ceñudo y alterado, vagaba de continuo por aquellos lugares, sin cuidarse en lo mas mínimo del estado de aquella criatura.

Sentóse al cabo en una gran piedra colocada ante la puerta de la ermita, y apoyando la cabeza en sus manos se entregó á mil siniestros pensamientos.

Entonces, y por el lado opuesto al que él ocupaba, se distinguieron las ondulaciones de

una falda azul, y un pié pequeño y ligero se deslizó sin hacer ruido por aquel pedregoso suelo.

Era Rosa, la linda prima de Andrés, que por prestar un servicio á Luisa, á quien amaba de veras, olvidaba su natural timidez y venia decidida á llevarse á Clara. Andrés tambien la acompañaba, aunque desde alguna distancia.

Cuando Rosa divisó á Adrian sentado é inmóvil en su puesto, tembló de un modo terrible y vaciló un momento en su noble propósito.

Bien pronto se repuso sin embargo, y con su admirable instinto de mujer, comprendió que solo la astucia podia favorecer su empresa.

Dirigió una mirada en derredor, y observó que á espaldas de la capilla se abria un hueco en la pared, producido por un hundimiento del muro, y capaz para dar paso á una persona.

A él pues se dirigió, y haciendo una seña á Andrés para que no pasase adelante, se introdujo en la ermita, buscando con una mirada inquieta á la pobre niña á quien iba á salvar.

Acaso el roce de su vestido ó el eco de sus pasos hubieran llamado la atencion de Adrian, si esta no se hallara fija en aquel momento en un grupo de personas que descubria á lo lejos.

Aunque era imposible distinguir las aun, por la inmensa distancia que las separaba, los ojos del jóven, ó mas bien su anhelo y su deseo, le hacian adivinar que eran las que esperaba.

Esta circunstancia favoreció admirablemente la idea de Rosa, que sin vacilar un punto, habia cogido á la niña en sus brazos y se disponia á partir con ella.

—¡Oh! ellos son, no me engaño, dijo Mendoza con voz ronca, ellos son; vienen á buscarme, pero los desafío á que se atrevan á llegar hasta mí.

Un momento mas habia estado inmóvil, y con la mirada fija en los que llegaban, pero este solo instante habia bastado á la prometida de Andrés para salir rápidamente y alejarse algunos pasos con su preciosa carga.

—Vamos, murmuró Mendoza con una sonrisa feroz; ya es tiempo de colocarme al lado de la hija de Luisa; su vida garantiza la mia.

Y con un movimiento nervioso y convulsivo, atravesó la puerta de la capilla y penetró en ella.

Una terrible imprecacion se escapó de sus labios, y dirigió en torno una mirada amenazadora y colérica.

La niña no estaba allí.

—¡Maldicion! exclamó, ha desaparecido; pero ¿dónde? aquí no puede ocultarse. ¡Oh! quizá no esté lejos, quizá aun sea tiempo de hallarla.

Y salió de aquel recinto enajenado y fuera de sí.

No se habia engañado; Rosa y la niña aun

estaban muy cerca y podria detenerlas acaso.

Luisa y los que la acompañaban habian acortado mucho la distancia que les separaba de las ruinas, pero aun se hallaban demasiado lejos para poder socorrer á Rosa.

Sin embargo, la vieron aparecer en la parte superior de la vereda, y lanzaron un grito de esperanza y ansiedad.

Marta y Luisa las habian reconocido las primeras.

Rosa caminaba con ligereza y decision, y el alma de los que la miraban, suspensa de sus pasos, empezaba á ensancharse y respirar.

Mas un grito terrible de Luisa hizo estremecer á los demás.

Acababa de distinguir á Adrian pocos pasos detrás de las fugitivas, y á los últimos rayos del sol, se veia brillar en su mano un desnudo puñal.

La vida de Clara estaba en un inminente peligro.

La marcha de la jóven que conducia á la niña en sus brazos, era apresurada y ligera, pero, sin embargo, la de Mendoza, escitado por la cólera y el peligro, lo era mas todavía.

Un instante mas y la hija de Luisa se hallaba al alcance de su mano.

(Se concluirá).

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHES.

UN BRAZALETE FALSO.

La aristocrática generala de M... reside en París. En el último baile que dió, al cual asistieron casi todos los representantes de las naciones europeas, la marquesita de Z... perdió un brazaletes de diamantes, joya que no echó de menos sino al llegar á su casa, y cuando su doncella se puso á desnudarla. El brazaletes era un regalo de su marido, y tal vez por esta causa manifestó un sentimiento extraordinario, que nada tenia de fingido, puesto que una palidez mortal cubrió sus mejillas al notar su falta.

En vano el marqués trataba de tranquilizarla, diciéndole que si habia quedado en el baile, no estaba perdido, y que al dia siguiente se reclamaria. Luisa de Z... no se calmaba por esto, y gritaba á cada paso con acento desconsoladísimo:

—¡Dios mio! ¡Mas hubiera querido perder todas mis alhajas que ese brazaletes!

—Pero, cálmate, Luisa;—respondía el marqués. O se te cayó en el baile ó en el coche, y en ninguno de los dos sitios está perdido.

—Es igual!... le habrán pisado, y sabe Dios si podrá volver á servir.

—En todo caso, no merece la pena de que te apures de ese modo; se vuelve á montar, y ya tienes reparada la falta.

—¿Montarle de nuevo? Oh, no! Estoy segura de que me le echarían á perder.

—En fin, Luisa, quince mil francos mas ó menos no nos han de dejar pobres. Te compras otro, y aunque no vuelva á aparecer....

—¡Oh! No es por lo que vale, sino porque era un recuerdo tuyo, y hubiera querido tenerlo toda mi vida.

El jóven marqués no durmió en toda la noche pensando en el brazalete y en el sentimiento de su esposa.

Apenas fué de día, se vistió sin decir una palabra, y á pié y envuelto en su gaban de pieles tomó el camino del palacio de la generala de M....

Un lacayo salia por la puerta en aquel momento.

Al ver al marqués, se descubrió respetuosamente y le dijo:

—Señor marqués, en los salones del baile se encontró esta mañana un brazalete. La señora generala se figuraba habersele visto puesto á la señora marquesa, y me manda llevarle á casa de V. E.

—Pues no te incomodes, porque precisamente venia yo á buscarle. Dámele y entrega á tu ama esta tarjeta.

—La señora me había encargado tambien decir á la señora marquesa que, sin duda bailando, puso alguno el pié encima del brazalete y le hizo saltar una piedra que no ha podido encontrarse por mas que se ha buscado.

En efecto, la alhaja tenia una fuerte abolladura, y le faltaba uno de los diamantes que, en forma de estrella, adornaban la parte superior.

El marqués tomó la joya, saboreando de antemano el placer de su Luisa, á la cual amaba entrañablemente, y acto continuo se fué al Palais-Royal para que, á ser posible, le compusieran el brazalete en la misma mañana.

Entró, en la galería Montpensier, en casa del acreditado joyero N.... y dijo al oficial que se hallaba en el establecimiento:

—Quiero que compongan en seguida este brazalete, cueste lo que costare.

—Bien, caballero.

—Y que el diamante que le falta sea completamente igual á los otros.

—Descuide V.

—Que no se conozca siquiera que ha estado abollado.

—Puede V. ir tranquilo y en la confianza de que quedará como nuevo.

—¿Y para cuando estará?

—Para la hora que V. le quiera. Es cosa muy pronta.

—Pues entonces volveré á buscarle despues de almorzar.

Y el jóven marqués, loco de alegría pensando en la sorpresa que iba á dar á su esposa, entró á desayunarse en casa de Vefour.

Una hora despues, el precioso brazalete estaba en sus manos, y por mas que le miraba y remiraba no podia conocer cual era el diamante que acababan de ponerle. En cuanto á la abolladura, habia desaparecido completamente.

—El marqués, satisfecho de la obra, echó mano al bolsillo y preguntó al artista lo que le debia.

—Setenta francos—respondió este.

—¿Qué ha dicho V...?

—Setenta francos.

(Se concluirá.)
H.

MODAS.

La moda empuña su cetro y se acomoda, ri-sueña y triunfante, en el dorado trono que posee en cada una de las grandes capitales.

Porque la moda es una diosa, cuyo poder es inmenso, y que se reproduce para estar al mismo tiempo en muchas partes.

En Madrid, aparece ya placentera y coqueta, y el primero de los decretos, que ha firmado, ha sido ordenando á todas las elegantes damas el cuerpo *imperio*.

No penseis, pues, ya, mis bellas y queridas lectoras, en cómo cortareis ó direis á vuestras modistas que corten los faldones de los cuerpos de vuestros trajes: á no ser para los trajes de negligé, son inútiles.

Igualmente se proscriben, para los trajes verdaderamente esmerados, los dos petos: el talle redondo y muy alto es el que alcanzará mas favor.

Nos han enseñado un precioso dibujo de París, que representa un traje de seda, de talle redondo altísimo, y en lugar del cinturon ancho, del que hemos visto varias copias cerradas con ehbillas, lleva un ceñidor ó faja de seda, que se anuda en el costado derecho, y cae en dos largas bandas.

Este es el verdadero cuerpo del primer imperio, y en las pasadas exposiciones de pinturas.

habreis visto, lectoras mías, algunos cuadros que representan episodios de la vida de Napoleón I, y en los que las deliciosas figuras de la emperatriz Josefina y de Mme. Recamier están así ataviadas.

Tal vez me equivocaré; pero me atrevo á auguraros, para muy pronto, el peinado alto y el traje corto.

—¡Qué horror! esclamareis.

Pero decidme: si cuando llevábamos el pelo formando cortinillas pegadas sobre la frente, os hubieran anunciado que habíais de llevar los cuernos rizados, que tan en boga han estado hasta hace poco, ¿qué hubiérais dicho? ¿qué hubiérais dicho asimismo al ver un cuerpo *imperio*, cuando llevábais aquellos talles delgados y prensados como avispas?

Debemos confesarlo: todo lo que es moda nos parece encantador: y el decreto del vestido corto hará lucir muchos lindos pies: mas no adelantemos los sucesos, pues ahora la cola muy larga, con su elegancia y majestad, goza de gran favor.

Entre las mil escentricidades, casi imposibles de entender que nos señalan los periódicos franceses, os vamos á elegir, lectoras queridas, lo que nos parezca verdaderamente elegante al mismo tiempo que útil.

Jamás os traduciremos esas revistas á la letra, porque os serian del todo inútiles: por lo regular es propiedad de las revisteras francesas el hablar mucho para no decir nada, y aun lo que dicen esta algunas veces de tal suerte oscuro, y explicado de un modo tan ampuloso, que hay que prestarle mucha claridad.

Recomiendan como muy bonitos, y sobre todo, como en extremo elegantes, los trajes *Cheureuse* y *Recamier*.

El primero es en grós antique, verde-lau-rel, cuyo cuerpo ajustado tiene la forma de una larga casaca con solapas: esta casaca está adornada toda de pequeñas placas de acero, y se cierra en el pecho con tres broches de pasamanería verde, esmaltados de acero: la manga es ajustada de arriba y termina por una ancha vuelta: la falda y la casaca están adornadas todo al derredor por tres tiras de pasamanería verde, salpicadas de acero.

El traje *Recamier* promete una elegancia suprema, pues la dama, que le dá nombre, era en su tiempo la reina de la belleza y de la gracia.

Es de *poult de soie* antique, gris-sardo: el talle es redondo, y la falda se abre en todas sus costuras sobre una enagua de raso listada de negro y rojo, y se cierra á voluntad por medio de presillas y botones de acero mate.

A este traje acompaña un ancho cinturón de seda, listado también de negro y rojo, que se

cierra con una alta hebilla de nácar, y descien-de en anchas bandas: las mangasson estrechas, con vuelta negra y roja.

Os citaremos algunas joyas artísticas para despedirnos, por hoy, de vosotras.

Ocupan el primer lugar las hebillas *merovingias* que están admirablemente trabajadas: las hay también del género bizantino con cifras, escudos de armas ó alegorías.

Son asimismo de gran mérito los brazaletes con placas bizantinas: una jóven artista de París ejecuta en estos momentos una colección de joyas típicas para la baronesa de P... que le dará eterna gloria.

Sobresale entre todas una espléndida diadema, compuesta de hojas esmaltadas, y de un antiguo camafeo en lápiz-lázuli, guarnecido de dos serpientes de oro, que tienen las cabezas enriquecidas con brillantes: este camafeo forma en el centro de la diadema un ancho medallón, que resalta admirablemente en un engaste del género egipcio: un collar, un peine, y unos pendientes, todo del mismo estilo, completan este juego, que obtendrá este invierno un gran triunfo por su originalidad y su gusto artístico.

Recomendamos á las señoritas el foulard para la estación de otoño: lo hay fuerte y de lindísimos dibujos pequeñitos.

Para vestir, los tafetanes de cuadritos ó á mil rayas, con poco adorno.

Finalmente, como prenda de comodidad y economía, les recomendamos también la chaquetilla marinera, cuyos patrones damos con este número: se hace de franela ó merino, encarnado ó azul, y se la guarnece con ligeras pasamanerías, encagitos de red negros, ó bien con cintas labradas de seda: los botones deberán ser de azabache ó de acero.

Puede usarse con todas las faldas ahora que la temperatura empieza á refrescar; y sirve, sobre todo, en las primeras horas de la mañana, para evitar ese desaliño del que siempre debe huir una jóven: para el decoro y el bien parecer, jamás debe haber horas preferidas: la hechura de las prendas es la que ha de separar el negligé del traje esmerado: pero la mujer necesita aparecer siempre agradable, ya que no bonita, siempre cuidadosa de sí misma, porque su misión es la de embellecerlo todo, y debe durar todos los instantes de su vida.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSE MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.